



La Feria Cacahuatera

(30 de octubre de 1960)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2567

DOMINGO 10 DE NOVIEMBRE DE 2019



ESCRIBEN: Efraín Medina Soto, primer lugar del Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2019; Salvador Velazco, Ramón Moreno, Julio César Zamora y Carlos Caco Ceballos.

Foto: Omar Martínez/Cuartoscuro

Hacia el poniente*

Efraín Medina Soto

A mi padre (+), en el 90 aniversario de su natalicio

● Hijo, despierta! ¡Hijo, prepárate porque vamos a ir a tomar unas fotos! ¡Si no te apuras, te quedas! –dijo Arnoldo a Alberto, el sexto de once hijos que tuvo, mientras tomaba su equipo para guardarlo en un veliz negro de cuero: un par de lentes, un teleobjetivo y una caja con 10 rollos ilford de 35 mm para 36 tomas; además, sus tres cámaras análogas: la Nikon, la Canon y una Hasselblad, que durante mucho tiempo fue el objeto del deseo de todo fotógrafo o aspirante a serlo, pero la que él siempre se llevaba colgada al hombro fue la Nikon.

Levantarse a las 6:15 de la mañana en domingo y en periodo vacacional decembrino no fue fácil para Alberto, quien con 12 años de edad recién cumplidos, hizo un tremendo esfuerzo, animado por las palabras que le dijo su padre el día anterior: “Mañana te voy a despertar muy temprano, para que te levantes. No me preguntes para qué, ya verás, es una sorpresa grande”. A pesar del frío que sintió, no sólo por la hora y la temporada, sino por la lluvia prolongada de todo el día anterior, se vistió rápido, poniéndose el suéter azul que tanto le gustaba de su hermano Martín.

Al salir de su casa, todavía en la penumbra de la madrugada, reinaba un silencio total en la apacible ciudad de Colima. Padre e hijo se subieron al Dodge Dart, modelo 65, de dos puertas, para dirigirse al Campo de Aviación, actualmente pista Francisco Zaragoza. Ahí los esperaba una avioneta Cessna, bimotor de hélice, piloteada por el capitán Melitón Guzmán, experto aviador que llevó en muchas ocasiones al fotógrafo Arnoldo Medina Organista a hacer tomas panorámicas de todo el estado, sus alrededores y paisajes naturales, pero en especial al Volcán de Fuego y el Nevado de Colima, siendo el pionero de la fotografía volcánica y bautizado como el padre de la misma.

Alberto confirmó que su padre tenía toda la razón, su sorpresa fue enorme al ver la avioneta y al saber que lo acompañaría a volar, tal como ya lo habían hecho anteriormente sus hermanos mayores Efraín, Germán, Arnoldo y Martín, quienes narraban emocionados esas excursiones aéreas con su padre. Ahora era su turno, aunque de pronto, al notar que la avioneta no tenía portezuela, le entró un poco de temor, tal vez mucho. El aeroplano lucía como esos helicópteros de rescate que no tienen puertas. Se quedó paralizado, hasta que escuchó la voz de su padre:

–¡Súbete! ¡Alberto, súbete! –le dijo Arnoldo extendiendo su mano y con esa sonrisa que inspiraba tanta confianza en sus hijos, pero también en la gente que lo conoció, pues tenía un gran sentido del humor, algo que propició seguridad y cordialidad entre las personas que fotografió a lo largo de su vida. Fue un excelente retratista, capturando en ellas la expresión espontánea, ese momento que la gente desconoce de sí mismos porque nadie antes los había retratado con tanta naturalidad, sin poses estereotipadas, sólo acordes al entorno y al instante en que se encontraban.

Cuando comenzaron a sobrevolar por la ciudad, el cielo se empezó a clarear con los primeros rayos del sol, Alberto estaba muy emocionado, aunque repegado al asiento, observó primero la vista impresionante del caserío desde las alturas y después la exuberante vegetación de las huertas aledañas. En ese tiempo la capital se hallaba delimitada al poniente por la avenida Pino Suárez, al norte por la San Fernando, al poniente por Calzada Galván y al sur por 20 de Noviembre. De ahí en más todo era verde, salvo algunas manchas urbanas que su padre le señalaba, “ves las torres de allá, a tu izquierda, eso es

Villa de Álvarez; aquél de allá, como un punto blanco y rojo, es Comala...”.

Alberto estaba impresionadísimo, ya no sentía el mismo temor, y aunque desconocía que el rumbo que llevaba Melitón Guzmán era directo hacia el norte, poco a poco, al acercarse al objetivo de la travesía, percibió que dos enormes montañas estaban cada vez más grandes, tanto como su asombro: los volcanes de Fuego y Nieve. Su padre, quien ya conocía la ruta y el panorama, era dichoso viendo la felicidad de los demás, en especial la que reflejaban en el rostro sus hijos. Esos momentos lo hicieron llorar en más de una ocasión, como él mismo escribió poco antes de su muerte.

Al acercarse al Volcán de Fuego, Arnoldo exclamó a su hijo:

–¡Tú nomás agárrame del cinturón! ¡Agárrame bien del cinturón!

Arnoldo Medina comenzó a disparar su Nikon sin descanso, mientras Alberto lo sujetaba del cincho del asiento, observando a su padre que se inclinaba de lado y luego hacia delante, sosteniendo la cámara sin dejar de mirar por el visor y apretando el botón, haciendo clic una y otra vez.

En ese momento, Alberto ya no tenía ningún temor, nunca en su vida había experimentado una vivencia semejante, inolvidable no sólo por el hecho de volar en avioneta y sobre el volcán, sino por observar el trabajo de su padre, formar parte de esa travesía a su lado y colaborando con él. Sus amigos en la escuela jamás se lo creerían, y muy probablemente tampoco experimentarían algo similar. Fue en ese instante cuando, al igual que sus hermanos Efraín, Arnoldo y Martín en viajes anteriores, supo que quería hacer lo mismo que su papá, dedicarse a la fotografía.

Durante muchos años, Arnoldo Medina Organista logró infinidad de tomas de los volcanes, juntos y separados, con nieve, con fumarola, vista frontal, ascendente, descendente, con lluvia, con erupción, con los colores que sólo da el crepúsculo, el esplendor del mediodía, del atardecer y del ocaso, en la puesta del sol. Muchas de esas imágenes quedaron registradas en el Diario de Colima, donde colaboró por más de 30 años por invitación de su amigo, don Manuel Sánchez Silva, fundador de ese periódico. Mas no fue el único medio donde publicó sus fotografías, también aparecieron en los diarios nacionales como el *Excelsior*, *Novedades*, *Ovaciones*, *El Día*, *El Occidental*, *Unomásuno*, *El Heraldo*, y en las revistas *Wellcome*, *Tiempo*, *Impacto* y *Siempre!*.

Sobrevolando al coloso ígneo, se observaba la incommensurable montaña de tierra, los múltiples surcos oscuros en sus laderas, las gruesas columnas arenosas con vetas de tonos ocre, azulados y azabaches, las estelas de lahares anteriores y, lo más impresionante, la monumental caldera humeante del cráter. Alberto volvió a sentir temor, pensando en que podrían caer hacia la boca de fuego o que en cualquier momento sucedería una erupción del volcán y los alcanzaría, pero su padre lo supo antes, por unos segundos bajó la cámara y le puso la mano sobre el hombro para decirle: “Tranquilo, hijo, no pasa nada. Es nuestro amigo. Así respira él”.

Arnoldo Medina utilizó cinco rollos y medio, logrando nuevas tomas para ampliar su acervo fotográfico del Volcán de Fuego, un legado artístico que fue adquirido en gran parte por gobernadores, empresarios hoteleros y coleccionistas particulares, tanto por encargos especiales como por la compra directa en las exposiciones que montó en diferentes partes de Colima, México y fuera del país: desde la Rectoría de la Universidad de Colima, hasta la residencia oficial de Los Pinos, en la Ciudad de México; también la Sala de Exposiciones del Teatro Degollado, en Guadalajara, así como el Centro de



Arnoldo Medina Organista.

Convenciones, en Tijuana; o el Whiteman School Steamboat, en Denver, Colorado, y en galerías de Nueva York.

Mientras se dirigían hacia la montaña de nieve, Arnoldo cambió con rapidez los rollos de las cámaras Nikon y Canon, quitándole la lente a la primera para colocar en su lugar el teleobjetivo para retrato, con la intención de obtener mayor distancia focal y además, en condiciones normales de luz como sucedía en ese momento, no se requiere emplear trípode para su uso.

El capitán Melitón Guzmán ya sabía lo que Arnoldo Medina buscaba, por lo que al llegar al Nevado de Colima, comenzó a reducir la velocidad y a descender un poco la avioneta, a tres cuartos de altitud de la montaña cónica, sobrevolando en una misma zona, la misma donde en la excursión anterior sólo el fotógrafo distinguió algo inédito, algo de lo que no tenía certeza, pero sabía que estaría ahí.

El panorama era muy distinto al del coloso anterior, este era verde con capas blancas de nieve, pinos, oyameles y juníperos, una novedad para Alberto que no había visto antes este tipo de vegetación y menos la nieve. Le habría gustado bajar y tocarla, jugar ahí con todos sus hermanos y luego internarse en el bosque para que su padre les tomara fotos, como lo hacía siempre que los llevaba a la playa de Pascuales, en las Hamacas del Mayor, o al Campo de Aviación a volar papalotes; a comer al restaurante La Fuente, en la calle Madero, donde toda la gente lo saludaba.

—Hay que subir un poco más, Capitán -gritó Arnoldo-, ¡hacia el poniente!

El fotógrafo no perdía la esperanza ni la paciencia, esperaba su encuentro, el más anhelado en los últimos meses. En su mente había infinidad de imágenes, pero tenía una en especial que soñaba con frecuencia y se le había vuelto una obsesión. Sabía que tendría uno o tal vez dos segundos para capturarla, retenerla en su Nikon, un instante tan efímero como esas notas musicales de Mozart o Vivaldi que deleitaban su oído.

Y entonces sucedió el encuentro, se hallaba sobre una ladera, mirando directamente a los ojos de Arnoldo, quien entre el asombro y la admiración, disparó una, dos, hasta tres veces. Se trataba de un hermoso ejemplar con tonos grises, café claro y blanco, de penetrantes ojos ambarinos. No era cualquier lobo, sino el vigilante de la montaña, guardián solitario en la inmensidad del Nevado que nadie jamás ha vuelto a ver en vivo; sólo en la única fotografía en la que el cánido y Arnoldo se ven frente a frente.

Hace ya 54 años de aquel viaje que hizo Alberto en la avioneta Cessna, quien al igual que sus hermanos Efraín, Germán, Patricia, Arnoldo, Martín, Claudia, Horacio, Nélida, Adriana y Nora, tienen presente las palabras de su padre cuando en más de una ocasión les confesó el secreto de la fotografía: “Lo importante es el ojo, no la cámara”.

El amo de la fotografía volcánica, como las iniciales de su nombre, Arnoldo Medina Organista (AMO), nació en la ciudad de Colima el 31 de octubre de 1929, cumpliéndose ahora 90 años del aniversario de su natalicio; falleció un día honorífico y emblemático como su trayectoria y obra, el Día del Maestro de 1996, un 15 de mayo en que el capitán Melitón Guzmán precisamente sobrevolaba el Nevado de Colima cuando por radio le dieron la triste noticia, recordando de inmediato aquella frase de “¡hacia el poniente!”, por lo que giró hacia esa dirección con la esperanza de volver a ver el lobo de la montaña. Sólo vio una conífera solitaria en esa ladera.

En el año 2012, el Ayuntamiento de Colima instituyó la presea Arnoldo Medina Organista, en honor al fotógrafo para premiar anualmente al mejor trabajo fotográfico periodístico en el Día de la Libertad de Expresión.

**Viñeta ganadora del primer lugar del Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2019*



A quinientos años de la llegada de los españoles a México. 1519-1521

III

La batalla de Centla

Ramón Moreno Rodríguez*

La tercera y definitiva expedición de los extranjeros a nuestro territorio mexicano, como se sabe, fue encabezada por el metilense Hernando Cortés e inició en febrero de 1519.

De la misma manera que ocurriera en los dos viajes previos, todo empezó mal; y no me refiero al conflicto entre el capitán y el gobernador de Cuba, sino a la relación entre los extranjeros y los indígenas. Con los mayas hubo conflicto bélico como sucedió con Hernández de Córdoba o con Grijalva, y sus resultas fueron más trágicas, pues todo parece indicar que en esta ocasión, sí se cometió una

masacre en toda regla, a diferencia de lo que pasó con las dos previas expediciones. También, todo parece indicar que la confusión, los malentendidos y el misterio provocó el conflicto. También se destaca la malicia, las intenciones ocultas y los abusos de confianza de los extranjeros. Por parte de los indios, el retraimiento, el miedo, la confusión, la ambigüedad.

Quizá algún pesimista me podría preguntar: ¿y qué esperabas? ¿Para qué crees que viajaban de Cuba hacia las nuevas tierras? Pues sí, sin duda, los españoles buscaban el despojo del débil, el robo indisimulado, el fácil enriquecimiento; es decir, perpetuar y engrandecer la infamia que ya cometían en las islas. Pero no está demás pensar que no era la única alternativa que tenían.

Muchas voces en esos años clamaron que había otras opciones. El modelo portugués tan exitoso podía haberse implementado; el padre Las Casas, entre otros, propusieron una y otra vez que el sistema de factorías en las costas era una alternativa legítima; sin embargo, los españoles nunca quisieron utilizar otro sistema que no fuera el del avasallamiento y el despojo totales, como antes lo habían hecho en tierras hispanas los romanos, pero sobre todo, los árabes. Si comparamos el proceso de expansión de los musulmanes por África y Europa con el de los españoles en América, los paralelismos y las semejanzas son bastantes. Y no es para sorprenderse, ya antes de ahora se han explicado esas similitudes; Octavio Paz llamó a la cultura cristiana medieval y a la musulmana, hermanas gemelas.





VIÑETAS DE LA PROVINCIA

La Feria cacahuatera

Don Manuel Sánchez Silva

(30 de octubre de 1960)

Después de muchos años —nadie sabe en verdad cuántos— de celebrarse en el jardín Núñez la Feria de “Todos los Santos”, el gobierno del señor general Miguel G. Santana amplió en 1936 su significación y la rebautizó, designándole “Feria Agrícola, Comercial e Industrial del Estado de Colima”.

De esa fecha al año de 1958, el tradicional festejo popular siguió efectuándose en el antes umbroso y fresco jardín Núñez, instalándose los puestos bajo los tupidos ramajes de los guayabillos, laureles de la India y almendros, que abundaban en ese lugar, ahora polvoriento y despoblado, con un lunar desértico.

Hace tres años, el gobernador Chávez Carrillo resolvió cambiar el asiento de la Feria y revestirla de categoría. La trasladó al norte de la ciudad en el amplio terreno originalmente destinado a unidad deportiva. Ahí estuvo en el ya mencionado año de 1958 y está ahora, no habiéndose podido llevar a cabo en 1959, por el catastrófico ciclón del 27 de octubre de ese año, que devastó la mayor parte del territorio de Colima y sabotó la Feria cuando todo estaba listo para inaugurarla.

En su nuevo asiento que será seguramente definitivo, la Feria se ha extendido y conquistado creciente importancia. Puede considerársele, sin riesgo a exagerar, como una de las de mayor significación en el país: instalaciones metálicas, techos modernos y sólidos, escenarios monumentales, grandísima terraza para alojar cómodamente a más de mil personas, escaparates o “stands” técnicamente contruidos, separación racional para los aspectos agrícolas, industriales, ganaderos y juegos mecánicos; en fin, el desarrollo suficiente y práctico de un plan inteligentemente elaborado que responde al decoro de una capital de estado.

La Feria actual es, a no dudarlo, espectacular, grandiosa y trascendental, pero... ya no tiene nada de la antigua, de la romántica, de la provinciana Feria de Todos los Santos. Desde el punto de vista de la capacidad económica, nadie se atrevería a comparar esta imponente fiesta de hoy con la humilde y lugareña verbena del jardín Núñez, pero sentimentalmente, el recuerdo de aquella evoca un colorido y un sabor que ésta no tiene, pese a su indiscutible relieve.

¿Dónde están aquellos recorridos perimetrales, hechos en sentido inverso por las muchachas en relación con los hombres?

¿Dónde aquellos “manteados” de autóctonos “falluqueros” que vivían de feria en feria comerciando con un capital de cien pesos? ¿Y los habilísimos jugadores de “hueso” (dados) que desplumaban a la clientela con el siete “cara de macho”? ¿Y los prestímanos criollos que se ganaban la vida engañando la vista de los apostadores, que nunca acertaban bajo cuál de tres pequeñas cápsulas había quedado “la bolita”?

¿Y el pregón del churrero, que al grito de “Ahora Pancho, sube Pancho, ¿cuántos Panchito?”, accionaba un ingenioso mecanismo cuya figura central era el charrito de hojalata, que determinaba el número de churros que debería llevarse cada comprador?

¿Y las “caneleras” que ocupaban todo el costado sur del jardín y se amanecían preparando sus aromáticas infusiones, para servir las, mediadas con alcohol, a los “malditos” de cuchillo en la cintura y provocadora mirada?

¿Y los vendedores de cacahuete, que aturdían con su grito: “¡Al ruido de uña!... ¡Tostadito y calentito!”...?

¿Y la vieja costumbre de ventajear a parientes y amigos con el saludo intencionado: “Padrino mis perones, mis nueces y mis cacahuates”...?

¿Y aquella fragancia única, aquel poli-olor de la Feria de Todos los Santos hecho del tufo de cerveza —entonces se vendían 3 mil cartones, por 200 ó 300 de hoy—, manzanas de California, loza de Tonalá, botanas de carnitas y de pata de vinagre, alfajor de coco y piña, y agua fresca de chan con limoncitos tiernos?

Todo eso y más pertenece al pasado, en donde van dibujándose las más hondas tradiciones populares, expulsadas por la vida moderna, importante y acelerada, pero cada vez menos emotiva.

¡Adiós, Feria de Todos los Santos! Te asfixió el perfume del whisky, te ahuyentó el trepidar de los motores diesel que mueven los juegos mecánicos y te pusieron fuera de la actualidad los “jai-bol”, los “cocteles”, el gas mercurial, el vitáfono, la música mecánica y, sobre todo, los corazones de moda, también mecanizados...

• Y el pregón del churrero, que al grito de “Ahora Pancho, sube Pancho, ¿cuántos Panchito?”, accionaba un ingenioso mecanismo cuya figura central era el charrito de hojalata, que determinaba el número de churros que debería llevarse cada comprador?



• Y los vendedores de cacahuete, que aturdían con su grito: “¡Al ruido de uña!... ¡Tostadito y calentito!”...?

F/64, el diafragma de la fotografía colimense

Julio César Zamora

Fotografiar es colocar la cabeza, el ojo y el corazón en un mismo eje. Henri Cartier-Bresson

La fotografía, de acuerdo a nosotros y a quienes han participado en las pláticas de F/64, es una aventura, una emoción, un deseo que capturar momentos para poder contárselos a otras personas y transportarlos al espacio y el tiempo que ya hemos vivido.

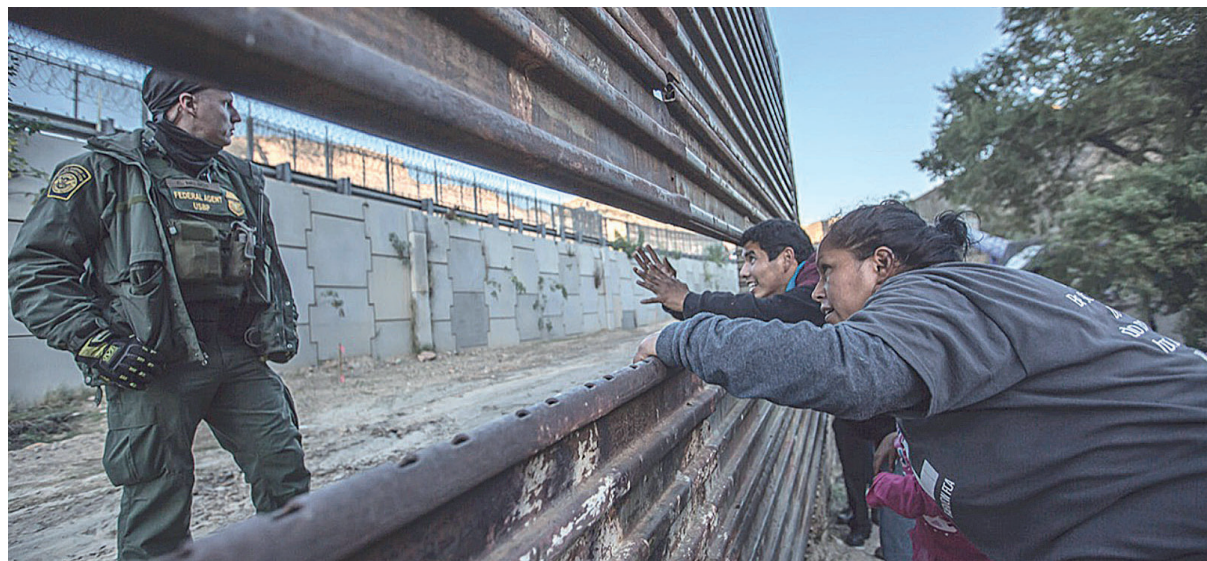
Lo anterior fueron palabras del grupo F/64, un concepto que surgió para crear un espacio totalmente independiente y del esfuerzo personal de Flor Larios, Gustavo Vilchis y Mario Chávez, con la finalidad de dar a conocer el trabajo de fotógrafos del estado de Colima.

En entrevista exclusiva por su primer aniversario, la agrupación reveló que el objetivo es acercar a público en general al quehacer fotográfico de personas que ya tienen un reconocimiento, pero también permitir esa proyección a nuevos fotógrafos de la entidad. Todo esto a través de charlas relajadas que se realizan el primer jueves de cada mes, en las que se pueden conocer las experiencias e historias que hay detrás de quienes registran y documentan nuestra actualidad.

LAS CHARLAS

“Inicialmente invitamos a conocidos y amigos, pero al ver otros fotógrafos lo que estábamos haciendo, se acercaron para participar, es decir, todo se ha llevado de forma muy orgánica. Hasta ahora los expositores han sido cinco fotógrafas y siete fotógrafos, quienes han presentado temas tan diversos como la fotografía documental, de paisaje y naturaleza, vida cotidiana y tradiciones; también social y de moda, al igual que fotografía de autor, la cual es un poco más introspectiva y personal”, expresó Flor Larios.

En F/64 no hay línea sobre determinado tipo de fotografía ni tema a tratar, eso lo decide el fotógrafo invitado en turno. Mario Chávez destacó que esto incluye fotografía analógica o química, pero también digital. “Los participantes son gente que se dedica profesionalmente a la fotografía de tiempo completo, o bien, que la fotografía es parte de su actividad profesional y que en todo caso



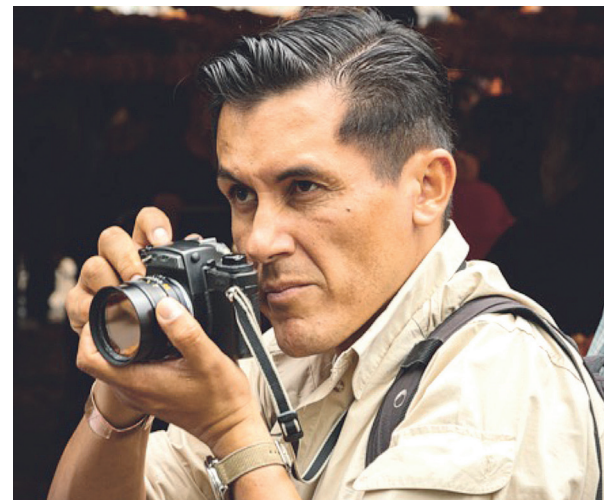
Fotos de Omar Martínez/Cuartoscuro



Mario Chávez



Flor Larios



Gustavo Vilchis

cuentan con un cuerpo de trabajo más o menos extenso, o con proyectos fotográficos personales”.

Para Gustavo Vilchis la fotografía es un medio tan importante que tiene diversas funciones como informar, documentar y evocar el recuerdo, “es también un medio que ha tenido una transformación increíble debido a la tecnología en los 180 años que tiene de invención. El acceso y la simplicidad de los smartphones la ha popularizado y democratizado con la generación de millones de fotos al día, la mayoría de ellas desechables y no memorables, solamente prevalecen las que detrás tienen una técnica, conocimiento e intencionalidad de fotógrafo”.

La agrupación coincide en que si bien la fotografía sigue en constante evolución y puede verse amenazada por el video y otras propuestas, nada la ha podido sustituir, “una sola imagen puede desatar emociones; una serie fotográfica nos puede llevar a una historia más completa y envolvente”.

Respecto a los antecedentes de la fotografía en Colima, la perspectiva de F/64 es que ha cambiado de la fotografía social clásica y de documentar la existencia del individuo, a una explosión de imágenes de naturaleza y de proyectos más sociales. “La accesibilidad de los precios de las cámaras, la digitalización y el smartphone, de alguna forma ha devaluado aquella necesidad que había de tomarse el retrato personal o con la familia, cuando antes era hasta un poco ceremonial ir al estudio fotográfico. Desafortunadamente también se ha perdido la costumbre de imprimir las fotografías, perdiendo su valor de objeto tangible que como bien refiere el reconocido fotógrafo mexicano Rodrigo Moya: Una fotografía no existe hasta que no ha sido impresa”.

FOTOGRAFÍA ACTUAL

Definitivamente, ha sido muy interesante descubrir fotógrafos como Ingrid Acosta, Carlos Tirado o América Sepúlveda con fotografía conceptual e introspectiva, donde dejan ver a través de su trabajo una parte muy personal. Neddy Palacios, Fernando Chávez, Massiel Hernández, Gustavo Vilchis y Javier Flores documentan la cotidianidad de Colima, sucesos sociales que son importantes hasta llegar a un punto personal; Hernando Rivera y Alfredo Mendoza con su mirada al paisaje colimense, que da para muchos temas. Estos serían los 3 ejes importantes que hemos podido presenciar a través de las sesiones, aunque no estaría completo sin mencionar a Angélica Mercado y su fotografía de moda en muy alto nivel, además de la exposición del trabajo fotográfico de Gustavo Cárdenas, que comprendió de 1940 a 1970, presentado y narrado con anécdotas e historias por José Agustín Márquez Gileta.

F/64 continuará con las charlas mensuales el primer jueves de cada mes, ya no sólo en la capital del estado, comenzarán a buscar espacios para llevar las exposiciones fotográficas al público en general, a poblaciones donde no hay este tipo de actividades.

Durante las 12 primeras sesiones *michelada.io* y *blus.io* les abrieron sus puertas para llevar a cabo las charlas, así como facilitar equipo y mobiliario. Económicamente ha sido un esfuerzo personal de Alejandra Herrera, Flor Larios, Gustavo Vilchis y Mario Chávez la realización de las mismas. Para la sesión de aniversario, efectuada el jueves pasado con la presentación de Omar Martínez, fotógrafo de *Cuartoscuro*, y Miguel Dimayuga, de *Proceso*, la Pina-coteca Universitaria los apoyó con el espacio, pero también empresas amigas los respaldaron para la organización, el traslado y los viáticos de los fotógrafos invitados.

UN CLIC Para seguir la pista a F/64 y sus charlas, quién se presenta y en dónde, se puede consultar en la página www.f64.io o en Facebook *f64fotos*.



Fotos de Miguel Dimayuga/Proceso

A las nueve en punto

De ríos y parques de la memoria

Salvador Velazco



La mayoría de las grandes ciudades ha crecido a las orillas de un caudaloso río: el Sena en París, el Támesis en Londres, el Tíber en Roma, el Moldava en Praga, el Guadalquivir en Sevilla, por mencionar algunos ejemplos europeos. ¿Qué representan estos ríos más allá de suministrar agua y ofrecer vistas maravillosas?... En Los Ángeles, la ciudad en donde vivo, nuestro río —el cual no es tan famoso como los del viejo mundo— ha servido sobre todo como escenografía a películas de Hollywood. Quizás los lectores recordarán la famosa secuencia de la carrera de autos en *Grease* (1978), en donde John Travolta le gana la partida a uno de los integrantes de la pandilla rival. O la secuencia de la espectacular persecución en el río en *Terminator 2* (1991) con el exgobernador de California, Arnold Schwarzenegger, en su papel de robot humanoide que, en realidad, poco trabajo le costó interpretar.

En América Latina hay un río que ha cobrado gran notoriedad por algo realmente siniestro: ser una tumba. Me refiero al Río de la Plata, el más ancho del mundo con 221 kilómetros, en cuyas profundidades descansan los restos de miles de desaparecidos políticos, víctimas de la dictadura militar argentina (1976-1983), una de las más sanguinarias en la historia. Sabemos que las Fuerzas Armadas llevaron a cabo una *guerra sucia* en donde sistemáticamente se reprimió, torturó y ejecutó a los disidentes al régimen. Este terrorismo de Estado es responsable del exterminio de aproximadamente 30 mil personas, a quienes se calificaba de “subversivos”. Los prisioneros eran llevados a centros clandestinos de detención y muchos de ellos fueron asesinados ahí mismo. Otros sufrieron los llamados “vuelos de la muerte”, que consistían en subir a los detenidos a un avión militar anesthesiados para luego ser arrojados a las aguas del Río de la Plata.

Recomiendo a los lectores de *Ágora* la película *Garage Olimpo*, del director Marcos Bechis, reconocida con varios premios internacionales, porque es una de las que mejor aborda el tema de la *guerra sucia* argentina. Mi primera visita a Buenos Aires en 1999, hace ya veinte años, coincidió con el estreno de esta película; recuerdo haberla visto en el Cine Cosmos de la famosa Avenida Corrientes, una sala que exhibe cine alternativo a las producciones hollywoodenses. Me impactó la secuencia final que presenta, precisamente, un vuelo

de la muerte.

La protagonista, María —papel interpretado por la actriz Antonella Acosta—, una joven que por su trabajo como alfabetizadora en las villas miserias de Buenos Aires, es detenida y torturada en un centro de detención. Al final la veremos a bordo de un avión militar. Mientras en la banda sonora se escucha *Aurora*, la canción dedicada a la bandera en Argentina, vemos cómo la compuerta trasera del avión se abre lentamente. La sombra de María, con una venda en los ojos y en estado de somnolencia por los efectos de la anestesia, se recorta en el fondo. Y por último, una toma aérea de las aguas ambarinas del Río de la Plata. Es, en verdad, una de las secuencias más conmovedoras que he visto.

Muchos años después, en otro viaje a Buenos Aires, en enero de 2016, recordé esos vuelos de la muerte nuevamente cuando visité el Parque de la Memoria, el cual está ubicado en la franja costera del Río de la Plata, en la parte norte de la ciudad. Es un monumento a las víctimas del terrorismo de Estado inaugurado en 2007 y que, visto desde lo alto, tiene la forma de un gigantesco zigzag, como si se tratara de una cicatriz. En las paredes están miles de placas con los nombres de hombres y mujeres que fueron desaparecidos y asesinados durante la *guerra sucia*; de esta manera, se les confiere un nombre e identidad. Así, este parque se ha convertido en el lugar de su memoria y recuerdo, donde sus familiares o amigos pueden tocar esos nombres y colocarles una flor. Aunque el dolor por la pérdida de esos seres queridos nunca podrá ser reparado, el parque es un espacio para la reflexión y la remembranza.

De las esculturas conmemorativas que están en el Parque de la Memoria, la que más me impactó fue la dedicada a Pablo Míguez, desaparecido a los catorce años de edad. Su creadora, la artista argentina Claudia Fontes, lo reconstruye de pie sobre el agua y de cara al horizonte. El acero inoxidable pulido a espejo refleja el color de las aguas del Río de la Plata. Su cuerpo real yace en el fondo porque para él, como para la María de *Garage Olimpo*, este río es la única tumba que tendrán. De hecho, la escultura de Pablo Míguez no es sino un intento de materializar lo ‘inmaterial’, de dar forma a una ausencia, de reconstituir una vida. Estando allí, a la vera del río, es cuando recibes toda la carga emocional y sensación de luto por esas vidas cruelmente truncadas.



Escultura de Claudia Fontes dedicada a la memoria de Pablo Míguez, desaparecido a los catorce años de edad.

En América Latina hay un río que ha cobrado gran notoriedad por algo realmente siniestro: ser una tumba. Me refiero al Río de la Plata, el más ancho del mundo con 221 kilómetros, en cuyas profundidades descansan los restos de miles de desaparecidos políticos, víctimas de la dictadura militar argentina.

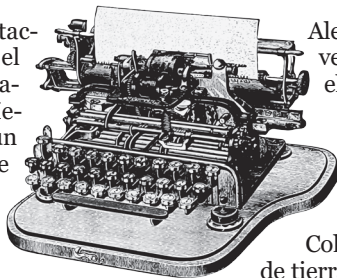


Espacio público para honrar a las víctimas del terrorismo de Estado. Fotografía de Salvador Velazco.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Ilusiones y realidades

Carlos Caco Ceballos Silva



INVIERNO 1938. Por los contactos que mi padre tenía por el crédito pendiente de la operación del edificio del Portal Medellín con la Nacional Financiera, un día recibí una solicitud en donde le pedían que buscara o lo pusiera en contacto con una persona que pudiera interesarse en mil 800 hectáreas, localizadas en las “Mercedes” y las “Guásimas”, allá por el rumbo de Pascuales; pretendían mil 800 pesos por las propiedades y que podrían conceder plazos anuales para su pago.

Mi padre me mostró la carta, yo entonces de 27 años, de buen ver, buena posición, con muchos amigos, con un currículum impresionante en excursiones, viajes, fiestas, damitas de muslos retozones y todo lo demás. Lo primero que le pregunté: ¿Y qué es una hectárea? Pues son 10 mil metros en cuadro, es decir, más o menos lo de una manzana de casas. ¿Y esa cantidad tan grande en metros por un solo peso? Además ofrecen dos plazos para pagarlas. Sin pensarlo mucho, pero posiblemente impresionado del valor de 10 mil metros por un peso, le dije a mi papá que yo me interesaba. ¿Tú?, me dijo incrédulo. Sí, papá, yo me voy a fraccionarlo y a hacer mi primer negocio.

Y así fue como mi papá escribió diciendo que tenía una persona interesada y que le informaran cuáles serían los plazos mayores para ver si el interesado se decidía. En aquellos tiempos yo ganaba 25 pesos mensuales detrás del mostrador. Dos semanas después se recibió la contestación, confirmando el ofrecimiento y concediendo 5 plazos anuales de 360 pesos cada uno sin interés. Mi papá me indicó que ahora yo como interesado contestara aceptando la operación.

En esos años, el agrarismo estaba en pleno desarrollo, por lo que nadie quería comprar nuevas tierras y esa era una de las principales razones para que la institución referida tratara de deshacerse de esa propiedad rústica, tan lejana de cualquier centro de población importante... Así como abandoné la dulce vida que llevaba en la ciudad, impuesto a las comodidades, a la buena mesa y al trato de los buenos amigos, me apreté las narices y me fui a Tecomán.

Mi primer negocio fue madrear primaveras del predio. Un señor, José R. Smith, de Guadalajara, sacó guías y a a bordo de góndolas se embarcó la madera. Posteriormente, el ingeniero Vázquez Martínez con el jovencito Rubén Rosas García, con el estatal, Marcos Gutiérrez de mayordomo, además de los brecheros, ayudamos a levantar el plano y hacer un fraccionamiento. Ofrecí lotes de 50 y 100 hectáreas a razón de 5 y 10 pesos por hectárea. Entre otros, cambié uno por cal y góndolas de piedra que me servían para los cimientos de mi hotel en Cuyutlán a mi buen amigo Eugenio

Alexander, y otras cincuenta has. las vendí en abonos semanales a Marcos el mayordomo.

Allá en el Tecomán de 1939, donde la luz se encendía cuando oscurecía y se apagaba alrededor de las 10, las calles eran arenosas y solamente había “corridas” de camiones a Colima que transitaban por una brecha de tierra, conducidos por los expertos manejadores, Antonio García Brizuela, alias *El Chan*. Los alacranes eran mortales, los zancudos cantadores y bravos; de la estación de los FFCC al pueblo, al paso de los trenes por la mañana y por la tarde circulaban el pasajero de Benjamín Novela y el carguero del popular “Pulgo”. El calor hacía que las personas durmieran a la luz de las estrellas y era un verdadero jolgorio el amanecer, con los alegres cantos de cientos de gallos y el cacaraquear de sus compañeras. Allá en ese Tecomán viví un tiempo atendiendo el negocio del fraccionamiento, hospedado en la casa de asistencia de doña Esther, esposa del buen amigo don Alfonso Herrera.

En ese caluroso, pero simpático lugar, recibí los amistosos consejos del patriarca don Pedro Gutiérrez, saboree el buen pan de María Gaytán, mojado en su espumoso chocolate molido en el metate; cultivé la amistad de don Teodoro Gaytán, tenía su tienda a un lado de la botica de don Alfonso; fui amigo de don Michel Alcaraz Marciano Cabrera, Antonio Alcaraz, de su sobrino Nacho, de don Chano Urzúa, y por supuesto del señor cura Arreguín y del popular Carlos Padilla. Tampoco olvido a Tiburcio Sevilla, Rafael Venegas, Jesús Gómez Silva, quien posteriormente me ayudó a construir el hotel en Tecomán; tuve buenas relaciones con Lineison Escobedo, jefe de estación; con Ramón Gutiérrez, Vicente Salazar y Adán Orozco, desde luego que también recuerdo a Chenchó Palomino, Magdaleno Robles, Pancho Dueñas, Vicente Gil, Alfonso Vizcaíno, Manuel Muñoz Salazar, que fue presidentes municipal; Antonio Gallegos y Antonio Zaníc, con quienes tuve fuertes y sinceros lazos de amistad. Debido a que mi memoria me falla, se me habrán escapado algunos nombres, ahora me acuerdo de Jorge Michel, de don Antonio Montes, de José Soltero y de Carlos García, pero desde luego y de seguro se me pasaron algunos, pero de todos por igual siempre recibí buenos consejos, ayudas y muchas muestras de amistad.

Todo esto pasó por los años 30 y 40, posteriormente con el auge que empezó con mi fraccionamiento arribaron muchas personas, jóvenes y viejos, pero todos ellos con deseo de trabajar y fincar su porvenir, muchos triunfaron y otros, como se servidor, dejamos en aquel hermoso, caluroso y verde valle nuestras ilusiones y esperanzas, yo que llegué a tener muchas, pero muchas hectáreas.

* Empresario, historiador y narrador. +

Y no le faltaba razón al poeta. Hoy las distancias entre una y otra son abismales, pero antes era más lo que tenían en común que las diferencias habidas.

En realidad, la batalla de Centla fueron tres batallas, o tres días de batallas. El río Tabasco, que hoy llamamos –inopinadamente– Grijalva, se constituye al llegar al mar en una extensa red de meandros, canales, humedales que convierten aquella inmensa planicie en una zona propicia para el cultivo del cacao y para la protección ante la invasión de pueblos hostiles. El señorío de Potonchán se asentaba a unos ocho kilómetros de las playas, en la margen norte del río. Cortés decidió llegar a esta monarquía indiana para averiguar qué tan ricos eran sus habitantes. El que el señor de ese lugar hubiera vestido de oro a Grijalva había provocado tal impacto en los extranjeros, que algunas de aquellas piezas que recibiera el natural de Cuéllar fueron entregadas al emperador Carlos en señal y prueba de la mucha riqueza de las tierras recién descubiertas.

Si Tabscoob fue amigable con aquella segunda expedición, ahora se negó a recibir a los extranjeros. ¿Qué lo hizo cambiar tan radicalmente de opinión? Imposible saberlo a ciencia cierta. Son dos las principales conjeturas que los cronistas a lo largo de la historia han sostenido: una, que tuvo miedo ante aquella avalancha de extranjeros, no era lo mismo recibir dos o tres naves que aposentar a casi mil teúles entre criados, esclavos y amos, y más de una docena de naves entre simples bateles, pasando por carabelas y carracas. Dos, fue presionado por las demás ciudades confederadas para que no recibiera a aquellos violentos forasteros; Bernal Díaz cuenta una charla entre Cortés y Tabscoob en la que el extranjero interroga al noble señor de por qué no fue recibido de paz, como su paisano Grijalva. El cacique respondió que sus parientes y vecinos lo habían tildado de mujeril y cobarde por haber dado el trato que había dado al castellano. No sería de extrañar que algo así haya sucedido, dado el caso, no fue el primero ni el último de los gobernantes prehispánicos que se descubren atrapados en medio del vendaval político que produjeron los hispanos; el señor de Cozumel, días antes, había tenido que sortear una situación política embarazosa similar a la que ahora vivía Tabscoob. Es decir, en su fuero interno deseaban rechazar a los invasores, pero por el temor que les tenían, se veían obligados a recibirlos.

Es dable preguntarse por qué insistió Cortés, a pesar de la clara negativa y la evidente hostilidad de los chontales. Esta pregunta, a diferencia de la anterior, no encierra misterio alguno. Entre otras causas, porque conocemos mejor a los españoles del siglo XVI que a los pueblos prehispánicos. La estrella afortunada de Cortés había surgido hacía unos meses en medio de una oscuridad anodina y él no iba a soportar ningún obstáculo en su camino hasta que no lograra emular o superar a su amo Diego Velázquez. ¿No había sido éste un oscuro criado de Cristóbal Colón y ahora era un exitoso y rico funcionario real? ¿Por qué no podría él, Cortés, dejar de ser un oscuro criado del gobernador Velázquez y ser un famoso y rico funcionario real en aquellas nuevas tierras? Haría todo lo necesario para alcanzarlo, aunque le fuera la vida en ello, y vaya que lo logró. Más de una vez estuvo a punto de morir pero sobrevivió a todos los líos en que se metió. Quizá el primer lance mortal le sucedió en uno de aquellos canales de la chontalpa, donde se le atascó un pantuflo y a punto estuvo de ser atrapado por los indios en medio de aquel lodazal. No lo pudieron tomar prisionero y más aún, los derrotó causándoles centenares de muertos, sin tener él difuntos suyos qué lamentar.

*Es doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la U. de G., CUSUR.

ramonmr@vivaldi.net